

La opresión pasa, la adulación se rinde; la virtud, en cambio, queda en pie como enseñanza fecunda que ayuda a los maestros nuevos. Bajo tierra, haciéndose uno con el limo original, Luis Eduardo Nieto Caballero será para Colombia la edificante lección del débil que se hace fuerte y monolítico, cuando resiste el llamado de la apetencia vil y se entrega al pueblo, como voz dolorosa que anuncia la esperanza.

Colombia debe sentirse de plácemes por producir hombres de la categoría de Luis Eduardo Nieto Caballero.

Mario BRICEÑO IRRAGORRI  
Madrid, mayo 14 de 1957.



# “SELECTA”

La Cerveza  
del Hogar  
EXQUISITA y SUPERIOR

## La gira por Europa

(En Rep. Amer. Véase la primera parte en la entrega anterior).

Por Amalia de SOTELA

Amalfi! Capri y Sorrento, el Vesubio y Nápoles! Allí se siente el ambiente mediterráneo más que en ninguna parte. Las ciudades están sobre altísimos promontorios de donde la vista es espléndida. Protegida por interminables acantilados como puestos por la Naturaleza al asalto de los piratas que por siglos las azotaron. La huella de los fenicios parece que allí perdura todavía. En Capri, surge de inmediato a la mente Lammartine y su “Graciela”. Nos alojaron en el hotel en que dos meses antes se alojara el rey de Egipto “El Paraíso” se llamaba.

En Amalfi, —tal vez la vista más espléndida— el hotel Capuchino nos presentaba el dilema de un elevador sobre el alto peñasco que daba vértigo. Sin embargo, el panorama, valía por todo.

El paseo a la Gruta Azul no estuvo tan afortunado, pues la pleamar cerraba la entrada, que es casi un agujero por el que apenas entra una pequeña embarcación con cuatro pasajeros, que tienen que acostarse al entrar, pues no es posible entrar derechos. El interior de la gruta es azul, azul, debido al azul del agua que refleja en las paredes. Pero el paseo, embarcados por las turbulentas aguas, fue magnífico. Las furias del Mediterráneo “El Mare Nostrum” se desatan de momento. La nave nos llevaba de Sorrento a Nápoles para seguir luego a Pompeya, desde donde el Vesubio parece que contemplara, impasible, su destrozada víctima. La vista del Vesubio nos siguió por varios trechos del camino; cada vez que lo veíamos aparecer, cubierto de nieve, como una gigantesca aparición, nos hacía la misma impresión que en el primer momento.

De día, y de regreso de Nápoles, almuerzo en el restaurant de Formia, aldea que queda como hacia la mitad del camino a Roma.

Este restaurant —donde se comía muy bien y se tomaba un vino que era verdadero néctar de la uva,—tenía una soberbia terraza sobre el mar latino, en lo alto de un acantilado, desde donde la vía triangular dibujaba su silueta en la distancia.

La Costa Azul debe tan atrayente nombre a la franja azul que la circunda en toda su extensión. Una franja de un azul clarísimo, transparente. Así la ví en el mar de Niza circundando el mundialmente famoso Paseo de los Ingleses, como la ví en Mónaco y en Monte Carlo.

El palacio del Príncipe, que le da el nombre a Monte Carlo, lo hemos visto en toda su magnificencia, restaurado para sus bodas con la estrella del cine americano Grace Kelly.

Este Principado de Mónaco que no tiene más de tres kilómetros de longitud sobre la Costa Azul por un kilómetro de ancho, tiene la fabulosa población de 20 mil habitantes en apenas 300 hectáreas de extensión. Es la región —relativamente— más poblada del mundo. Ahí viven sus habitantes como en el Paraíso gobernados por su Príncipe y regidos por una Constitución simple y sencilla, sin taxas aduaneras, sin ejército, rodeados de jardines y de espléndidos hoteles y con los más bellos mirajes sobre el mar. Construido por el abuelo del actual Príncipe Reineiro, conocimos el famoso museo oceanográfico.

Hacíamos la observación de que ninguna de tantas playas era tan hermosa como nuestras playas de Puntarenas. En todas, aún en Monte Carlo Beach, se re-

quieran piscinas; las playas son pedregosas y accidentadas o rodeadas las costas por acantilados donde golpea el mar profundo. Desde luego, en el Casino de Monte Carlo apostamos inmensas sumas, pero mentalmente. Conocer el Casino y sus jardines y pasear por las terrazas es de tal belleza, que vale la pena aún sin apostar.

De Niza seguimos para Barcelona. Fue tal vez la ciudad menos interesante en el aspecto turístico a pesar de su gran desarrollo comercial.

Sin embargo, allí puede gustarse en plenitud el sabor del teatro español. La compañía Lope de Vega en su teatro propio, trabaja en estos días y allí hemos ido varias veces, lo mismo que al teatro Calderón de la Barca.

El Santuario de Tibidabo es muy interesante, en lo alto de un peñón de 500 metros se alza al oeste de Barcelona y el que se ve de casi todos los puntos de la ciudad. La Avenida del Generalísimo compite con la mejor avenida de cualquiera de las grandes Capitales. Las Ramblas son alegres, y tienen hacia el centro una zona ancha para caminar a pie bajo los árboles. Hay la Rambla de las Flores y la Rambla de los Pájaros. Los Jardines de Montjuich los compararía yo con el Retiro de Madrid. En Montjuich la noche de San Juan —este parque que constituye un verdadero retiro— se convierte en enloquecedora fiesta de alegría. La Noche de San Juan. En estos jardines se encuentra el Palacio Nacional que es hoy un magnífico museo de arte. El “Pueblo Español” es de lo más bello que puede conocerse en Barcelona; los puertas son de Avila, y en el interior hay una representación de lo más saliente de cada región de España. Pero algo de lo más atrayente para nosotros, fue la copia fiel anclada en el puerto de la Santa María de Cristóbal Colón a la que entramos con verdadera unción.